

Amadeo Gracia Bamala



Nunca me gustó, ni quise hablar sobre este asunto, me sentía como si yo fuese el culpable de lo ocurrido a mi familia, o algo por el estilo, no sé porqué, pero así lo entendía; quizás fuese por ser el más pequeño de todos y necesitar más que nadie de ayuda. No quería recordarlo, desde la niñez logré algo así como poner una especie de losa olvidadiza sobre todos estos acontecimientos de mi pequeña historia. Losa, que la verdad, ahora que he querido levantarla, no puedo... es como si una espesa capa gris oscura, la cubriera y me imposibilitara recordar casi nada. Puede decirse que las pocas cosas que he logrado recordar con cierta precisión, hasta la vuelta de Francia, se deben a las pocas y cortísimas ocasiones que hablé con mi hermano, en fin....

“....Todo comenzó el día 20 de Noviembre de 1937 en Monzón (Huesca), el pueblo donde nací. Había sonado la alarma sobre un posible bombardeo de la aviación franquista sobre el pueblo. Mi madre, junto a un par de vecinas más, decidió ir con sus hijos al campo, fuera de la población, creyendo que estarían más seguros. Estábamos aún en las afueras del pueblo, cuando aparecieron los aviones. Debían buscar sobre toda la línea del ferrocarril que une Aragón-Cataluña.



Amadeo Gracia Bamala en su casa de Madrid

Tras el paso de los aviones, curiosamente, la línea del tren ha quedado intacta, pero un par de bombas han dado en el grupo, una de ellas de pleno. Un chico murió y su madre quedó gravemente herida, al igual que mi madre que rápidamente se arrojó sobre mí para cubrirme. La bomba le destrozó el costado y el vientre. A mi hermana, le destrozó asimismo, una pierna, que se la tuvieron que amputar a la altura del muslo (tenía 6 años),

y a mí que todavía no tenía 3 años, también me tuvieron que cortar la pierna por debajo de la rodilla.

Los heridos, ingresamos en el hospital de Monzón. Cuando mi madre, en medio de su gravedad, tuvo conocimiento del estado de sus hijos, exigió, rogó, que les trajeran a sus hijos con ella; y así se hizo.

Tres días después del primer bombardeo, el día 23, de nuevo volvieron a bombardear el pueblo y una bomba cayó en el hospital de Monzón y hundió la parte donde estábamos ingresados, mi hermana y yo. Tal fue la confusión creada, que debido a nuestro estado, fuimos trasladados urgentemente al hospital de Lleida.

Pocos días después, el 8 de diciembre, en el hospital de Lleida, muere mi madre a consecuencia de las heridas recibidas en el bombardeo.

Mi padre y mi hermano siguen viviendo en Monzón, y a veces vienen a vernos a Lleida. En los días de la ofensiva sobre Aragón, en Marzo de 1938, van por última vez a pie, en retirada, como los soldados. Han llegado a tiempo porque el cen-

tro se evacua al día siguiente. Todos los heridos y enfermos, somos trasladados a Barcelona. Nos instalan en el hospital de Sant Pau, y mi padre y hermano, viven en casa de unos familiares en San Andrés (hoy barrio de Sant Andreu) hasta que somos dados de alta.

Mientras, mi padre consiguió unas plazas para sus tres hijos, en una colonia que había en la localidad de la Garriga para niños y niñas, en situaciones como la nuestra, o abandono o situaciones graves a consecuencia de la guerra, patrocinada por el Doctor Negrín y logró también, que lo cogieran como vigilante, lo cual, suponía que no tendría que separarse de nosotros. En la colonia, somos muy bien atendidos y tratados.

Pero solo hasta la tercera semana de enero de 1939. Las tropas franquistas, se acercan a Barcelona y se empieza a pensar en la evacuación de la colonia.

Comienza pues, el camino hacia el Pirineo. Unos camiones llevan a parte de la colonia, hacia la frontera de la Junquera, y otros tomamos rumbo a Ripoll y Camprodón. Pero a partir de aquí, ya es imposible continuar. Todo es un caos, la carretera-camino está imposible, camiones, coches, maletas, y toda clase de bultos destrozados las llenan, así que tuvimos que hacer, lo que todo el mundo: andar y andar. El frío era espantoso (eso lo recuerdo muy bien) ventiscas, agua, nieve...., parecía como si ese cielo del cual tan bien hablaban “los buenos”, se hu-



Sus padres: Mariano Gracia y Pilar Bamala en el día de su boda

biera empeñado en decirnos “ahora sois vosotros los que nos pasareis”...

En fin, a veces intento imaginar los esfuerzos y penalidades que mi padre tuvo que pasar junto a nosotros. Al fin llegamos a lo alto del Coll d'Arés (la frontera), pero estaba cerrada. Tuviron que abrirla ante la gran multitud que nos concentramos en ella y los que seguían llegando. Finalmente cruzamos la frontera con Francia, pero muchos de nosotros no nos atrevimos a bajar al pueblo de Prats de Molló, porque se corrió el rumor de que los gendarmes, a los hombres fuertes o en edad de combatir, los separaban sin miramientos, de sus hijos y mujeres, y los devolvían a España o los encerraban, yo que sé...

Así que permanecemos en lo alto como otros, a pesar de las inclemencias al resguardo de un cercado de piedras, que se usaban para encerrar el ganado un par de días, acabando con creces la poca comida que nos quedaba, hasta que un vecino del pueblo, Tomás Coll, que por cierto también le faltaba una pierna; la había perdido en la guerra de 1914, se enteró en la plaza del pueblo de nuestra situación y estado, subió al monte convenció a mi padre y nos condujo al pueblo. Y es allí, a la entrada del pueblo, donde un fotógrafo de la revista “L'illustration”, disparó su cámara con mi padre al frente llevando de la mano a mi hermana, detrás el vecino del Prat, llevándome de la mano a mí con tres años y detrás mi hermano Antonio.

Poco después, fuimos trasladados junto a numerosos niños, a la ciudad de Bergerac en el Departamento de la Dordogne, y al final, instalados en el chateaux de Causade del mismo Departamento.

A mi padre, vista la situación en la que nos encontrábamos, le permitieron estar con nosotros. Todo parecía ir bien en aquella zona francesa, hasta que a finales de 1940, casi dos años después de entrar en Francia, mi padre enfermó y al poco nos comunicaron que había muerto.



Foto de Roger Violet: En primer plano el padre de Amadeo Gracia con su hermana Alícia. Detrás el niño Amadeo de la mano de un vecino de Prats de Molló y su hermano Antonio.

Regresamos a España, no sé porqué ni cuál fue la razón, pero al poco tiempo de estar en Monzón, a mi hermana y a mí, nos ingresaron en el hospicio de Huesca. Aquello fue para mí el final de todo. Siempre he dicho que aquello fue el verdadero exilio, ya que hasta entonces con mi padre me sentía seguro, pero todo terminó de golpe. Ingresé a los seis años y medio en la sección de niños pequeños, al cuidado de las monjas, y a los siete años, pasé con los mayores de 7 a 21 años, que eran cuando iban al servicio militar. El contraste no pudo ser más brutal, 110 o 120 chicos, yo el más pequeño, y los mal llamados “educadores”, eran personas que nos vigilaban y controlaban... para que hablar.

Los castigos, los golpes, las burlas, las humillaciones, estaban a la orden del día, pero en fin... estaba escrito que había que aguantar. Después de lo pasado, qué más daba un poco más. Tres días antes de cumplir los 18 años, los curas me expulsaron sin explicaciones ni contemplaciones. No encajaba

en sus proyectos, o lo que tuvieran en mente. Pero bueno, a pesar de los grandes problemas con los que me encontré, fue mejor, así se puso punto y final a toda mi historia.

